

El editor de textos ante el reto digital: elogio de la edición 2.0

The Editor in the Face of the Digital Challenge: Praise of the 2.0 Edition

José Manuel LUCÍA MEGÍAS

Universidad Complutense de Madrid

jmlucia@filol.ucm.es

<https://orcid.org/0000-0001-8616-0301>

ABSTRACT

This article reflects and defends the importance of the editor in the 21st century. To reach this end, it gives an outline from Lachmann to the present, from the scientific edition of classical texts to the edition of texts born of orality or medieval writing, until the edition of digital texts made with digital tools. It raises the issue about what a digital text is, and which are the similarities and differences between the digital text and the written and oral text, as well as the implications that such questions have when making a critical edition. Finally, it establishes the principles that should guide the development of digital editions. It bets on a model that combines the three levels of the text (facsimile, transcription and critical text), a hypertextual model able to include and recover a high degree of information.

KEYWORDS

Digital Edition, Digital Text, Edition Model.

RESUMEN

Este artículo reflexiona y defiende la importancia del editor en el siglo XXI. Para ello, traza un recorrido desde el Lachmann hasta la actualidad, de la edición científica de textos clásicos a la de textos nacidos de la oralidad o de la escritura medieval hasta la edición de textos digitales realizada con herramientas digitales. Se plantea qué es el texto digital y sus similitudes y diferencias con el texto escrito y oral así como las implicaciones que esto tiene a la hora de hacer una edición crítica. Por último, establece los principios que deberán guiar el desarrollo de ediciones digitales. Apuesta por un modelo que conjugue los tres niveles del texto (facsimil, transcripción y texto crítico), un modelo hipertextual que permita incluir y recuperar un alto grado de información.

PALABRAS CLAVE

Edición digital, texto digital, modelo de edición.

Dirección
Clara Martínez
Cantón
Gimena del Río
Riande
Ernesto Priani

Secretaría
Romina De León

RHD 4 (2019)

ISSN
2531-1786



1. PRESENTACIÓN¹

Desde hace tiempo resulta difícil explicar la trascendencia de la labor de los editores de textos en nuestra época y la importancia de la Crítica Textual en nuestra sociedad, en el ecosistema del libro impreso. Tal y como vienen defendiendo las grandes corporaciones editoriales que sienten amenazado su monopolio comercial y económico impuesto a partir del siglo XVI, los editores nos hemos vuelto invisibles; y entre los editores, los filológicos somos ya una sombra entre las sombras. Hemos desaparecido del imaginario social, lo que es todavía más grave, siendo nuestra función esencial para el estudio y la comprensión de los textos.

Del autor al lector, del texto original al texto que tiene impreso (o en su momento, manuscrito) el lector delante de sus ojos, parece que solo existe una industria que permite crear y distribuir los ejemplares necesarios para que la cadena del saber no se pierda, nunca se rompa. ¿Y en medio? Nada. Absolutamente nada. Robots y máquinas. Este falso imaginario de un presente dominado por la tecnología se ha impuesto en el proceso tanto de la creación (autor) como de la difusión (industria editorial), llegando a convertirse en una espesa sombra que oculta el trabajo necesario cuando queremos editar un texto que no proceda de nuestro momento, de este momento actual que es solo un grano de arena en el vasto desierto de la historia.

2. EL ELOGIO DE LA METODOLOGÍA FILOLÓGICA Y DE LA EDICIÓN DE TEXTOS

A mediados del siglo XIX se publica en Berlín el primer tomo del libro *In Lucretii de rerum natura libros commentarius*, en que el filólogo alemán Karl Lachmann cifra la culminación de su método científico de edición de textos clásicos y novotestamentarios. Lachmann muere al año siguiente, pero su obra estaba llamada a poner los cimientos de una nueva forma de edición, una nueva forma de acercarse de manera científica a los textos del pasado, que con el tiempo se le ha conocido con el nombre de método lachmanniano, aunque bien se sabe que fueron varios los filólogos —especialmente los alemanes—, los que en la primera mitad del XIX fueron pergeñando y dando forma a este método.

El éxito fulminante de la propuesta ecdótica de Lachmann se comprende fácilmente si la insertamos en su contexto histórico, época en que las corrientes positivistas estaban dando sus frutos en las ciencias experimentales, que de la mano del autor —y de otros tantos filólogos de la época, no lo olvidemos— entraron de lleno en el campo de la Filología. Textos editados de manera científica (más allá del *iudicium* y de los desmanes interpretativos y actualizadores de

¹ Este trabajo se inscribe en el marco del Proyecto I+D+i del MINECO DHuMAR Humanidades Digitales, Edad Media y Renacimiento. 1. Poesía 2. Traducción (FFI2013-44286-P) y del Proyecto Parnaseo (Servidor Web de Literatura Española) (FFI2014-51781-P), concedidos por el Ministerio de Economía y Competitividad.

los humanistas y de los editores del siglo XVIII) eran necesarios no solo para leer y comprender el pasado, sino también para hacer Lingüística. Ciencia frente a intuición. Modernidad frente a modos antiguos de trabajo. De ahí que uno de los principios metodológicos fundamentales en el método lachmanniano sea haber establecido una diferencia esencial entre la *recensio* y la *enmendatio*, es decir, entre los datos y su interpretación: entre la búsqueda y cotejo de los testimonios conservados de una obra, en que debe prevalecer la objetividad en su estudio *Recensere [...] sine interpretatione et possumus et debemus* (Lachmann, 1846, p. V) y las intervenciones del editor moderno a partir del análisis de las variantes y, especialmente, de los errores comunes identificados en la *collatio codicum*. De este modo el editor, el filólogo, deja de ser un intérprete del pasado para ser un científico que, a partir de una determinada metodología y de unos datos objetivos contrastables y conocidos por el lector que proceden de los testimonios conservados, puede llegar a plantear hipótesis de reconstrucción de las lecciones originales, de un pasado que se ha perdido, deturpado en la transmisión, y cuyos originales y primeros testimonios han desaparecido de manera irremediable. El texto vive en su transmisión, en su capacidad de dar respuestas y de plantear preguntas a sus lectores, a sus oidores, ya sean estos contemporáneos al autor y a su génesis, ya les separen cientos de años. En uno y en otro caso, la transmisión se comportará de manera bien diferente.

Por otro lado, el método utilizado por Lachmann para editar textos clásicos –el citado *De rerum natura* de Lucrecio, Propertio o Catulo y Tibulo– o el Nuevo Testamento irán sumando en su difusión, en su recorrido triunfante por universidades y colecciones editoriales de toda Europa, diversas mejoras, añadidos y aportes sustanciales, entre las que sobresale el árbol genealógico (o *stemma codicum*): ese modo tan (aparentemente) científico, tan de las ciencias naturales y de la genética triunfantes en aquellos años, de organizar en un gráfico la historia textual de una obra y la dependencia de los testimonios que la han transmitido en el tiempo. Un árbol genealógico que llegó a ser a principios del siglo XX, de la mano de otro filólogo alemán, Paul Maas, la seña de identidad de este método ecdótico del que venimos hablando, al que se le conoce a partir de este momento también con el término de *estemática*.

Pero la transformación más radical del método lachmanniano se vivirá en la década de los años setenta del siglo XIX, cuando de las arenas clásicas, de transmisión cerrada, salte a las aguas turbulentas y abiertas de la literatura románica, de textos nacidos de la oralidad o de la escritura medieval. No se olvide que Karl Lachmann, cuando edita obras medievales alemanas, y lo hace desde 1826 (los Nibelungos) hasta 1841 (las obras de Ulrich von Lichtenstein), no utiliza el método por él experimentado para la edición de obras clásicas sino la preeminencia del código más antiguo, pues consideraba que su método de edición no era válido para otras tradiciones textuales. Y este salto al vacío románico se producirá en 1872, cuando Gaston Paris, el prestigioso filólogo francés, parta del método lachmanniano para editar uno de los más antiguos textos hagiográficos franceses: *la Vie de Saint Alexis*. Las 138 páginas de introducción

suponen una estupenda adaptación del método lachmanniano a la edición de textos medievales románicos. Frente a los modos habituales de edición por aquellos años en tierras francesas –una tendencia conservadora a las lecciones de un manuscrito o una tendencia innovadora a partir de las lecturas de varios códices–, Gaston Paris vio en el método lachmanniano el camino para ofrecer ediciones científicas de los textos medievales franceses. No habla de reconstrucción del original (¿cuál sería el arquetipo en este tipo de tradiciones abiertas?), pero se aproxima.

De la mano del prestigio de Gaston Paris y de su revista *Romania*, el método lachmanniano triunfará en la edición de textos románicos –primero franceses, y luego italianos, catalanes, castellanos, etc.– hasta la llegada del demoledor artículo de Joseph Bédier en la revista *Romania* en 1928: “La tradition manuscrite du Lai de l’Ombre: réflexions sur l’art d’éditer les anciens textes”. Este dará lugar a una nueva forma de editar textos medievales románicos (el bédierismo) y una respuesta desde el lachmannismo, especialmente italiano, al que el maestro Gianfranco Contini bautizará con el nombre de neolachmannismo, con sus cambios, transformaciones, mutaciones y silencios que se han ido viviendo durante el siglo XX. Nuevas metodologías que se han ido difundiendo y concretando hasta nuestros días, que tienen como finalidad la edición científica de textos transmitidos gracias a la tecnología de la escritura durante la Edad Media.

Todo elogio de la Crítica Textual como disciplina científica, como método filológico, debe partir del reconocimiento de la labor de Karl Lachmann y los filólogos de la primera mitad del siglo XIX. Un elogio que debe rescatar la capacidad de una serie de filólogos, de investigadores que, frente a los modos y maneras habituales de trabajar en su época, fueron capaces de plantear nuevos modos de enfrentarse a los mismos problemas para dar soluciones más razonables y contrastadas: en un momento en que la dictadura de la vulgata, del texto recibido, se había convertido casi en un dogma de fe, fueron más allá de la empobrecida (y empobrecedora) visión del estudioso que se aproxima a los textos del pasado con torpes herramientas como su genialidad, su capacidad de entender la voluntad del autor con su propio juicio o falta del mismo. El filólogo alemán, a partir de sus ediciones, fue capaz de demostrar las virtudes de su método. Y esta es una de las grandes enseñanzas del pasado: la capacidad de crear o mejorar nuevos modelos científicos a partir de sus resultados. Esta es la única prueba que supera el paso del tiempo. Todo lo demás es efímero, insustancial, innecesario.

Karl Lachmann y los filólogos, primero alemanes y luego del resto de Europa, que hicieron suyo este nuevo modo científico de editar textos desde la segunda mitad del siglo XIX, consagraron como base y finalidad de su método la edición del texto escrito, esa primera textualidad que se configurará en sus formas modernas, en la Grecia de los siglos IX y VIII a. C., y que triunfará como medio de transmisión y no solo de archivo y de conservación a partir del siglo IV a. C. Una textualidad que encontrará en la democratización griega de la ortografía –

vocalización, uso del cáñamo frente a la pluma, extensión de la alfabetización, etc.— un medio de prestigio y de universalización. Frente a los usos elitistas de la escritura en las culturas mesopotámicas y egipcias (sin volver la vista a las culturas asiáticas, tan ricas de ejemplos y de lecciones, como en tantos otros ámbitos), en Grecia la escritura se convierte en una forma de participación ciudadana en la política (el ostracismo, por ejemplo), en un modo de igualdad ante las leyes.

Y poco a poco el texto oral irá dejando paso al texto escrito, a ese texto que del rollo en papiro se conformará en un nuevo modelo cultural de la mano del códice medieval, fruto de una compleja sociedad que vuelve a establecer modelos de relación entre la oralidad y la escritura, siempre a partir de sus modelos clásicos —textos, autores e instituciones que le servirán de punto de partida, de fuente de relación y de dependencia—. Sea como sea, sean textos latinos o griegos, o sean estos franceses, castellanos, catalanes, gallegos, italianos, portugueses, etc., lo cierto es que la Crítica Textual nace como disciplina científica en el siglo XIX a partir de una tradición muy particular: la textualidad medieval transmitida a partir de copias manuscritas. Una metodología que ha ido transformándose a lo largo del siglo XX con nuevas aportaciones y herramientas críticas: la difracción de Contini, el diasistema de Segre, la *collatio* externa de Orduna. Y junto a estos cambios dentro del estudio y análisis de los textos transmitidos en la Edad Media de manera manuscrita, la Crítica Textual ha tenido que ir dando respuesta a los nuevos desafíos que se le han planteado cuando se ha tenido que enfrentar a editar textos de tradiciones diferentes: los surgidos a partir de la difusión de la imprenta a partir del siglo XV (la bibliografía textual), o los materiales que se encuentran antes de haberse constituido el texto original, los conocidos como pre-textos, base de la edición de textos modernos a partir de los presupuestos y metodología de la crítica genética. Cada uno de los ámbitos que abarca la Crítica Textual cuenta con su propia y particular metodología, ya que también son diferentes los medios de transmisión, los materiales de partida y las posibilidades de acercarse al texto original, a esa última voluntad del autor que ha de ser guía y faro de nuestros empeños y esfuerzos ecdóticos.

Un filólogo del siglo XXI, un editor del siglo XXI, debe conocer y dominar la metodología para la edición científica de textos —o una de las metodologías, la que considere más adecuada según sus planteamientos científicos—, y también estar familiarizado con los modos de transmisión de los textos en cada época, para así comprender y analizar correctamente los datos que se han conservado en los diferentes testimonios (manuscritos, impresos, mecanografiados, digitalizados, etc.) que son la base y el punto de partida de nuestro trabajo. Y al tiempo, el filólogo ha de contar con los conocimientos paleográficos y codicológicos necesarios para poder descifrar los diferentes modelos de escritura con que se va a encontrar y poder, de este modo, situarlos en un contexto histórico adecuado: así lo ha demostrado en los últimos años la metodología de la cultura escrita, que ha superado a la Paleografía como disciplina, al no

quedarse solo en descifrar los signos sino en intentar comprenderlos en el contexto de su uso y de su accesibilidad. Sin olvidar la necesidad de tener amplios conocimientos lingüísticos para poder conocer los textos del pasado: los textos son lengua y escritura, al tiempo que muestran unos universos de ideas y de pensamiento, de ficciones y de estructuras literarias que debemos desentrañar en una segunda fase de nuestro análisis.

Solo con una buena formación filológica, que engloba desde la ecdótica a la lingüística, podremos contar con las bases necesarias para poder comprender y hacer comprender los textos del pasado con bases científicas y, por tanto, fiables. ¿Acaso los planes de estudio de nuestras facultades de Letras son capaces en la actualidad de ofrecer este tipo de herramientas y conocimientos al filólogo de hoy en día? Esta es también una de las causas por la que los editores somos cada vez más invisibles.

Un editor digital, además, tendrá que conocer y dominar gran parte de las herramientas informáticas que se han puesto a nuestra disposición tanto para fijar el texto de una manera científica, como para difundirlo en los nuevos modos digitales, más allá de los formatos analógicos tradicionales. Un editor digital debe ser consciente del cambio en el paradigma textual que se está consumando en nuestro tiempo.

3. EL DESAFÍO DE LA SEGUNDA TEXTUALIDAD: EL PRESENTE DIGITAL

Los editores, siendo invisibles para muchos, somos a un tiempo imprescindibles ante los desafíos y retos que propone la sociedad de la información y del conocimiento, la tecnología digital y un nuevo modelo de texto que se ha infiltrado en nuestra vida cotidiana y profesional y que, poco a poco, lo irá haciendo también en la literaria: el texto digital. Hasta ahora, todos nuestros discursos y esfuerzos científicos y tecnológicos han ido encaminados a la reproducción, conservación y difusión de los textos escritos. Las metodologías científicas que se han desarrollado desde mediados del siglo XIX, los esfuerzos editoriales, la industria editorial que triunfó como monopolio del saber desde el siglo XVI, los medios habituales para la difusión de los textos en época manuscrita (rollos y códices), etc.: todo se ha basado en la tecnología de la escritura, tecnología que se difundirá en su forma actual en el Occidente del siglo IX a. C. y que, ya sea en su versión manuscrita o impresa, perdura hasta hoy en día. Pero con la tecnología digital se está imponiendo un nuevo modelo de textualidad, una segunda textualidad: el texto digital.

Para poder entender un poco mejor el texto digital, quizás sea necesario comenzar destacando y comprendiendo las diferencias entre el texto escrito y el texto oral. Frente al texto escrito, que se basa en una tecnología estática, en unos signos aceptados por una comunidad de hablantes (alfabeto), que debe ser estudiada y memorizada para poder descodificar los textos realizados a partir de la misma y que, por otro lado, necesita también una práctica para poder realizar su codificación, ya sea por medios manuales (cálamo, pluma,

bolígrafo, lápiz) o mecánicos (máquina de escribir, ordenadores), el texto oral en realidad solo existe en la conjunción de una urdimbre escrita y una trama vocal, que se unen y vuelven a separarse en la lectura en voz alta. El texto oral no es una simple realización sonora, sino que se enriquece –y se llena de matices– en su lectura, los gestos de las manos, los cambios de tono, en esa capacidad de diálogo, de dinamismo de la relación entre emisor y receptor.

El texto oral solo tiene sentido en una relación dinámica que implica, necesariamente, al lector y al receptor de la obra. Es rico en matices, en lecturas, en interpretaciones, en sus posibilidades de adaptarse al receptor, a sus respuestas, a sus contradicciones. Pero al mismo tiempo –y ahí tiene la batalla perdida con el texto escrito–, el texto oral posee escasa capacidad de conservación, pues solo en la memoria –y en este caso, con la posibilidad de crear un nuevo texto oral a partir de su propia experiencia– encuentra un espacio para perdurar, un frágil espacio de conservación, sobre todo en los tiempos actuales. El texto oral es de naturaleza inmediata y, en su difusión, se acompaña de elementos que permiten su recuerdo: fórmulas, motivos, rimas, versos, etc., de ahí que la poesía sea cauce perfecto en que la oralidad encuentra un lugar propio para difundirse.

Desde esta perspectiva podemos ahora entender mejor la nueva realidad que ofrece el texto digital frente a la tecnología de la escritura y de la codificación conocida hasta ahora. Si al hablar del texto oral se hacía hincapié en la urdimbre, ahora podemos adelantar un nuevo concepto: el de capas de información.

El texto digital ofrece, entonces, una doble naturaleza. Por una parte, mantiene y continua (aparentemente) la tecnología de la escritura hasta ahora conocida: la capa de información humana que se basa en una codificación lógica y en un registro de los signos gráficos de manera mecánica, y en una decodificación donde se da cita un proceso sensorial para poder llegar al sentido del signo gráfico, que se comprende gracias a un proceso lógico. Esta capa de información, que es la que tenemos en cuenta casi en exclusividad, es la que utilizamos –de una manera sofisticada si se quiere– cuando escribimos un texto en un ordenador (como el presente), en un procesador de textos que me indica en qué página me encuentro, y que tiene como finalidad difundirse por medio de una impresión mecánica.

Pero a esta capa de información humana se ha incorporado otra capa de información matemática, compuesta por una serie de procesos lógicos que yo, como lector, no tengo por qué conocer, pero que son cruciales para que la tecnología informática funcione. En realidad, esta capa de información matemática es la que realmente hace funcionar el complejo entramado de operaciones que los ordenadores nos permiten realizar; su funcionamiento es invisible para el usuario humano, que recibe en la pantalla una información lingüística y una serie de iconos que imitan los modos habituales de la tecnología de la escritura tradicional. Y aquí, en esta segunda capa de información es donde el texto digital permite nuevos usos y nuevos modelos de relación textual.

De este modo, en el texto digital contamos con dos elementos que se dan la mano (capas de información humana y matemática); dos elementos que, por esta razón, permiten al texto digital ofrecer un nuevo modelo de textualidad, que recoge los dos aspectos esenciales que la oralidad y la escritura poseen por separado: por un lado, la interacción con el usuario, con el receptor; y por otro, la conservación del mismo texto, compartiendo los tres, el texto oral, el texto escrito y el texto digital, la capacidad de difusión. De ahí que podamos hablar del texto digital como de un modelo de una segunda textualidad en la que deberíamos seguir indagando, un camino a seguir hacia el futuro que deja obsoletos los modelos textuales actuales y, sobre todo, los modos textuales que intentan imitar la escritura tradicional en los nuevos soportes informáticos.

Desde este punto de vista, ¿podemos definir como texto digital todo aquel objeto que ha pasado por una digitalización, que se difunde en una pantalla? ¿acaso la reproducción digital de la página de un manuscrito o de un impreso antiguo (o moderno) hemos de entenderlo como una modalidad de texto digital? Todo lo contrario.

Dentro de la digitalización, y pensando en nuestro tema de análisis más que en esbozar un panorama general que resulta mucho más amplio y complejo, podemos establecer una gradación entre tres aspectos de la digitalización textual, teniendo en cuenta su finalidad, tecnología utilizada y relación con los medios de transmisión analógica a los que ha dado lugar la tecnología tradicional de la escritura:

1. Reproducción digital de un manuscrito o de un libro impreso, ya sea por medio de la fotografía digital o el escaneado.
2. Creación o digitalización de textos con la pretensión de ser difundidos fuera del ambiente y de los medios de transmisión digitales, en especial, en el medio impreso: libros, documentos, páginas impresas, etc. En este grupo se encuentran los textos generados –o digitalizados– por las aplicaciones de procesadores de textos más habituales (.doc, .odt, etc.), que basan su estructura y funcionamiento en los medios no digitalizados (la página, los márgenes, cabeceras, etc.), y que dependen de la citada aplicación para su visualización y comprensión; o de formatos que cierran el texto en una determinada imagen, como sucede con el pdf. En el universo de los lectores electrónicos de última generación se está imponiendo el formato ePub, un estándar que permite realizar diversos cambios de maquetación en el texto electrónico, pero siempre teniendo en cuenta que la unidad de lectura es la página: página que procede del medio analógico, página que se imita en los e-readers, sobre todo en los de la segunda generación, aquellos que utilizan la tinta electrónica.

3. Texto digital, que utiliza procesos de codificación más transparentes, pensados no tanto para imitar o emular modelos de transmisión propios de la era Gutenberg, como para poder ser visualizados en la pantalla del ordenador o de una tablet aprovechando las posibilidades de la hipertextualidad, de la relación de la información en varios niveles (estructural y semántica). Lenguajes como HTML, XML o XHTML están en la base de los hipertextos, de estos textos digitales donde las posibilidades de experimentación en el futuro son mayores, puesto que no se trata tanto de emular en el medio digital modelos textuales imperantes en el analógico, como de indagar en sus nuevas posibilidades, donde la capacidad de relacionar información –por el creador, el lector y el propio medio– pueden ofrecer experiencias y posibilidades hasta ahora fuera de nuestros pensamientos e investigaciones.

De este modo, el texto digital, aprovechando esa capacidad de multiplicar sus secuencias de lectura gracias a las posibilidades hipertextuales, permite plantear un camino de innovación que va más allá de la simple reproducción digital de objetos analógicos –fundamento de las bibliotecas digitales virtuales, ya sea de tipo patrimonial o generalista–, o de modelos textuales que copian los modelos de transmisión del libro analógico –como proponen los procesadores de textos que utilizamos habitualmente–. Estas dos modalidades de la digitalización de la información que nuestra sociedad ha generado hasta el momento son un paso necesario para poder contar con nuestro pasado en el nuevo medio digital, con el conocimiento que nos permita seguir profundizando y aprendiendo. Poner *online* lo que está *offline* por tratarse de dos tecnologías incompatibles (la digital y la analógica) es ya una realidad, y mucho más con las grandes inversiones públicas y privadas que se están haciendo. Pero además es necesario que estos datos digitalizados se universalicen y se relacionen, que se permita al nuevo medio organizarse de una manera que intente imitar los comportamientos de nuestro cerebro que posee, dentro de una determinada organización –en que los dos hemisferios intentan controlarse mutuamente creando un equilibrio que conforma la esencia de nuestra personalidad y comportamiento, o de muchas de nuestras patologías–, también la capacidad de asociar información procedente de diferentes fuentes, siendo la memoria todavía un misterio científico. Estamos en una primera fase de la definición y difusión del texto digital, en que se ha primado la acumulación de información y, en los últimos años, la introducción de grandes cantidades de información analógica por medio de los programas de digitalización. Pero esta solo puede ser una primera fase. Hemos de comenzar, como se está haciendo ya, una segunda fase en que se trabaje tanto desde el punto de vista tecnológico (programas cada vez más transparentes, codificación universal, facilidad de digitalización y de creación de enlaces hipertextuales, donde se prime la automatización), hasta crear nuevos modelos de difusión y de

arquitecturas de la información y de la participación, que vayan más allá de las cifras y del número de objetos digitales almacenados. El texto digital está llamado a revolucionar nuestros modos de acceder y difundir el conocimiento, como hasta ahora lo ha hecho con la información, pero lo hará cuando vayamos más allá de la simple acumulación de objetos digitales –como sucede en la gran mayoría de las bibliotecas digitales hoy accesibles en la red– y la imitación del texto escrito tradicional, que ya ha sido superado con creces al permitir introducir elementos propios de la oralidad.

Y solo desde el conocimiento de la Filología, de los modelos de difusión de los textos orales y escritos a lo largo de la historia, podremos adentrarnos en el reto de la edición, de la difusión y conservación de los textos del pasado en nuevos modelos editoriales hipertextuales – de las bibliotecas digitales a las plataformas digitales, pasando por los bancos textuales–, y en la creación de nuevos modelos de literatura digital, en que la hipertextualidad, la relación con el lector y el aprovechamiento de algunas características habituales del texto oral, como la temporalidad, se hagan también una realidad. Una literatura digital en que se lleva varios años experimentando y que en los próximos decenios verá consolidar nuevos modelos, estándares a partir de los nuevos modelos de lectura y de las costumbres de los usuarios (especialmente de los residentes digitales).

Esta doble naturaleza del texto digital, estas dos capas de información permiten hablar de una segunda textualidad en que, por primera vez, la tecnología de la escritura recupera algunos de los principios y elementos caracterizadores de la oralidad.

La tecnología digital, en especial a partir del uso de la web social o web 2.0, ha hecho posible recuperar para las estrategias discursivas y textuales uno de los aspectos esenciales de la oralidad que se había perdido en la escritura: la interactividad con el usuario. Y este debe ser uno de los aspectos esenciales a la hora de definir y desarrollar los nuevos modelos de ediciones críticas digitales, esos que hacen realidad la apuesta del neolachmanniano Contini: “un’edizione critica è, come ogni atto scientifico, una mera ipotesi di lavoro, la più soddisfacente (ossia economica) che colleghi in sistema i dati” (1974, p. 369).

¿Cómo conjugar la capacidad de actualización de los datos por parte del propio editor o de los comentaristas que se acercan a los resultados de la investigación en una edición crítica digital, con la necesidad de dejar constancia y huella de los diferentes estadios de la misma? La tecnología ya lo hace posible, incluso en grandes cantidades de información –como demuestra el proyecto Archive²–, pero todavía no hemos diseñado un modelo que permita integrarlo en nuestras investigaciones y ediciones.

¿Y la participación de los usuarios a través de las diferentes redes sociales que pueden ser una magnífica plataforma de publicidad de nuestras investigaciones: la tan deseada

² Accesible desde: www.archive.org.

transferencia del conocimiento a la sociedad? ¿Acaso hemos de prescindir de manera completa en la difusión de nuestras investigaciones de redes que engloban a millones de usuarios y que, por formar parte de los nuevos monopolios de la información, se constituyen en los primeros resultados de los buscadores generalistas?

Jeremy's Norman From Cave Paintings to the Internet es un portal que, como se indica en el subtítulo, se presenta como Chronological and Thematic Studies on the History of Information and Media³.

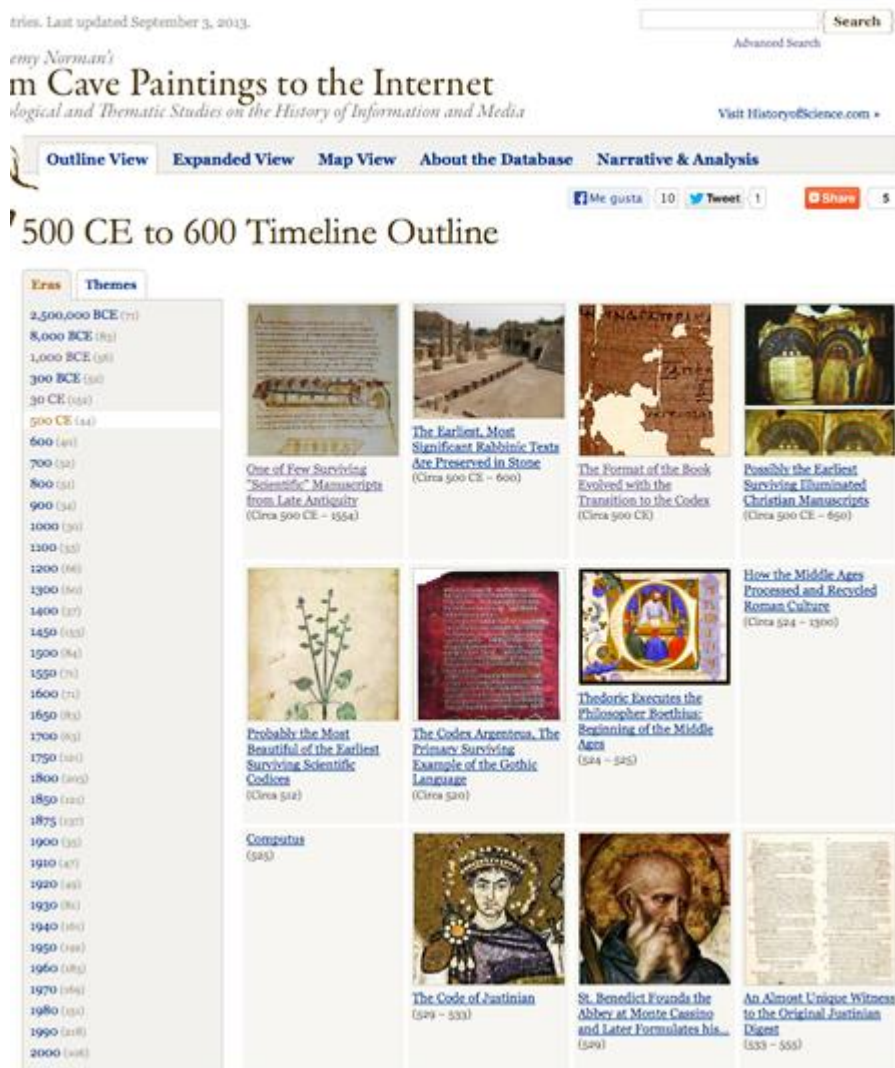


Figura 1. Jeremy's Norman From Cave Paintings to the Internet (nodo de distribución inicial).

Se trata de una base de datos en la red desde el año 2012 que ofrece información sobre diferentes hitos relevantes en la evolución de la difusión de la información y el conocimiento. Cada uno de ellos lleva una entrada con diversas informaciones claramente delimitadas, como se aprecia en la figura 2: localización geográfica (gracias a Google Maps), un apoyo iconográfico, un pequeño texto con numerosos enlaces externos (y algún que otro

³ Accesible desde: <http://www.historyofinformation.com/index.php>.

interno, que no se diferencia de ninguna manera), y algunas referencias bibliográficas, tanto en libro como en Internet, siempre que se consideran pertinentes. Además de la precisión en las noticias, hay un aspecto que quisiera destacar, como motor de una transferencia real del conocimiento a los espacios donde el usuario normal va a encontrarlos. La mayoría de los enlaces externos son a Wikipedia.

Early Christian Papyrus Codices in Coptic Bindings (300 CE – 350 CE)



Codex IV found at Nag Hammadi. (View Larger)

In 1945 thirteen [papyrus codices](#) buried in a sealed jar were found by a local peasant near the [Upper Egyptian](#) town of [Nag Hammadi](#). Eleven of these were in their original leather covers. This collection of codices in Coptic bindings called the [Nag Hammadi Library](#), comprised fifty-two mostly Gnostic tractates or treatises, documenting a "... major side-stream of early quasi-Christian thought. . . formerly attested only by the anti-heretical treatises of orthodox Christianity. . . ." (Needham). The best-known of these works is probably the [Gospel of Thomas](#), of which the Nag Hammadi codices contained the only complete text. They also included three works belonging to the [Corpus Hermeticum](#) and a partial translation / alteration of Plato's *Republic*. In his "Introduction" to *The Nag Hammadi Library in English*, James Robinson suggested that these codices may have belonged to a nearby [Pachomian](#) monastery, and were buried after [Bishop Athanasius](#) condemned the uncritical use of [non-canonical](#) books in his [Festal Letter of 367 CE](#). This collection of codices represents one of the more extensive collections of early papyrus codices in Coptic bindings.

"The Nag Hammadi codices are written on papyrus. Their language is Coptic, the native language of Egypt as recorded in the third century A.D. and after. Coptic script is a modification of the Greek alphabet, reflecting the fact that, in its written form, Coptic was essentially the language of Egyptian Christianity, whose early literature (including the heterodox Gnostic texts) was in large part translated from the Greek. The Nag Hammadi codices were written and bound in the first half of the fourth century, presumably within a religious community. The site of the find was near [Chenoboskion](#), where in the early fourth century a monastery was established by [St. Pachomius](#), the founder of conventional Christian monasticism. The burial of the Gnostic writings may have followed a fourth-century purge there of heretical literature.

Figura 2. Entrada "Early Christian Papyrus Codices in Coptic Bindings" en el portal Jeremy's Norman From Cave Paintings to the Internet.

The screenshot shows the Wikipedia article for 'Nag Hammadi library'. At the top left is the Wikipedia logo and navigation links like 'Main page', 'Contents', and 'Featured content'. The article title is 'Nag Hammadi library' with a subtitle 'From Wikipedia, the free encyclopedia'. A notice at the top indicates a suggested merge of the 'Jung Codex' into this article. The main text describes the discovery of Gnostic texts in 1945 near Nag Hammadi, Egypt, mentioning the 'Corpus Hermeticum' and the 'Gospel of Thomas'. A 'Contents' table of contents is visible, listing sections like 'Discovery at Nag Hammadi', 'Translation', and 'Complete list of codices found in Nag Hammadi'. Below the text, there is a section titled 'Discovery at Nag Hammadi' with a sub-header '[edit source | edit beta]'. To the right of the text is a map of the Mediterranean region showing the location of Nag Hammadi near the Nile river.

Figura 3. Enlace a Wikipedia desde el portal Jeremy's Norman From Cave Paintings to the Internet.

Wikipedia, como proyecto, puede contar con muchos defectos (especialmente de contenido), pero en nuestra mano está modificarlos, mejorarlos, hacer que nuestros conocimientos sobre el texto o los textos que estamos editando realmente se trasvasen a un espacio de uso corriente, uno de los más utilizados por la comunidad de usuarios de Internet. La autoridad como un principio motor del conocimiento desde los espacios habituales de su difusión. Pero también la accesibilidad del mismo conocimiento como un motor nuevo para acceder a nuevas comunidades de lectores, de usuarios, que permite la tecnología digital.

El conocimiento y su difusión, la accesibilidad de los datos, tanto de las fuentes primarias y secundarias como de los resultados de nuestras investigaciones, o la creación de nuevas arquitecturas de participación que conviertan en productiva la interactividad con los usuarios, son aspectos esenciales que debemos tener en cuenta a la hora de diseñar los modelos de arquitectura de la información que deben sustentar las nuevas ediciones críticas digitales. Y en muchos casos, los ejemplos de la Edad Media pueden ser el principio motor para la reflexión, para encontrar la salida del incunabulo del texto digital.

4. ELOGIO DE LA EDICIÓN DIGITAL 2.0: LAS PLATAFORMAS DE CONOCIMIENTO

Mucho se ha avanzado para poner a disposición de los interesados materiales textuales de todo tipo en la red: desde las bibliotecas digitales (tanto las virtuales patrimoniales como generalistas) de muy diferente origen, hasta las bases de datos, que todos utilizamos en nuestras investigaciones, sin olvidar los diversos proyectos particulares, vinculados ya sea a un determinado ámbito del saber o a espacios más generales como la docencia universitaria. No puede decirse lo mismo en el ámbito de las bibliotecas digitales textuales, que siguen siendo uno de los aspectos menos atendidos por las Humanidades Digitales, sobre todo por los

organismos oficiales, más preocupados en poner a disposición en la red reproducciones digitales de testimonios antiguos (ya sean estos códices, incunables o impresos), que en apoyar la creación de nuevos modelos de edición digital.

Las plataformas de conocimiento, nuevos modelos textuales que podríamos estar experimentando para poder dar a conocer el patrimonio textual y oral del pasado, siempre se enfrentan con los mismos problemas: el problema administrativo de la adscripción a un área de conocimiento cuando debemos crear equipos interdisciplinares para poder llevarlos a cabo; el problema económico, pues el nuevo medio digital no solo necesita de una inversión inicial para generar el conocimiento y los contenidos, sino también una inversión continua para poder seguir difundirlos y actualizándolos; y el problema de copyright, que va desde la dificultad de acceso a la digitalización de las obras modernas, hasta la apropiación exclusiva –creo que de manera indebida– que hacen la mayoría de los centros públicos de la digitalización de sus fondos patrimoniales, cuando estos se han costeado con presupuesto público, y sin autorizar su uso para proyectos científicos que los necesitan al ser la base testimonial de nuestras investigaciones.

De este modo, se perpetua en muchos casos un sentimiento de la territorialidad que no tiene sentido en el universo digital. Un territorio que debería ser de cooperación entre los centros de investigación y los centros bibliotecarios y archivísticos, junto con las diferentes administraciones competentes. Pero nada más lejos de la realidad.

¿Qué hay del territorio filológico? ¿Y del territorio de la edición de la literatura de nuestro pasado? ¿Existe un debate sobre los nuevos modelos de edición que podríamos presentar en el medio digital? ¿Acaso estos nuevos modelos dejarían obsoletos algunos de los presupuestos con los que seguimos trabajando –desde los aparatos de notas positivo o negativo a los tipos de edición (facsimilar, paleográfica, presentación crítica, edición comentada, genética, sinóptica integral, crítica, etc.)–, o el propio modo de mostrar la *varia lectio* de un determinado texto, que no son más que imposiciones que venimos arrastrando desde el siglo XIX, del momento del auge de las ediciones industriales?

¿Debemos seguir hablando y pensando en territorios o deberíamos dar un paso adelante para preguntarnos por el uso de nuestras ediciones en el ámbito digital, lo que estamos demandando nosotros como usuarios, lo que demandamos como editores, lo que nos demandan para difundir lo más posible nuestras investigaciones?

Un último reflejo en el espejo. La historia de los blogs bien puede servirnos de ejemplo. El blog es definido en la 23ª edición del Diccionario de la Real Academia Española como: “Sitio web que incluye, a modo de diario personal de su autor o autores, contenidos de su interés, actualizados con frecuencia y a menudo comentados por los lectores”⁴. Los primeros ejemplos los

⁴ Accesible desde: <https://dle.rae.es/?id=5hLUKIO>.

encontramos en el año 2004, pero fue a partir del 2005 cuando se convirtió en uno de los motores de la web 2.0, con un éxito discontinuo desde entonces. Hoy en día se contabilizan en la red millones los blogs activos. Incluso se ha creado ya una plataforma dedicada tan solo a blogs de investigación, Hypotheses⁵, que cuenta ya con una versión en español (figura 4).



Figura 4. Nodo de distribución inicial de Hypotheses.

¿Cuál ha sido uno de los principios de su rápido éxito? Sin duda, la facilidad de su uso, pues se basa en plantillas estandarizadas. La estandarización supone uno de los aspectos más sobresalientes de la tecnología digital, y todavía no ha dado sus frutos en el ámbito de la edición electrónica, a pesar de los esfuerzos realizados en los últimos años con la aparición del ePub –formato estándar para textos electrónicos creado y desarrollado por la International Digital Publishing Forum (IDPF) en el 2007, como ya se ha indicado—. Una de las grandes innovaciones del ePub frente al resto de los formatos anteriores y disponibles en el mercado, es entender el *texto* no tanto como un espacio cerrado que hay que etiquetar y describir (el principio de proyectos como el de la TEI o Text Encoding Initiative), sino como un portal, un espacio abierto que permite su compatibilidad. De ahí que se haya pensado que este sea el camino para poder crear un formato estándar para la codificación y la difusión de los textos digitales, al margen del dispositivo y marca que estemos utilizando. En el año 2011, se presentó ePub3 en el Foro Internacional de Edición Digital, y en marzo del 2013, la Asociación Internacional de Editores lo convirtió en el estándar para digitalizar todos sus fondos y recomendó a todos sus miembros a utilizarlo. ¿Será el estándar universal que los usuarios y creadores estamos demandando?

⁵ Accesible desde: <http://es.hypotheses.org/>.

Y este puede ser uno de los espacios más productivos para los editores 2.0: la creación de un portal con estándares de edición según el tipo de texto que queramos difundir, para así poder ir creando entre todos la nueva biblioteca digital mundial. Una biblioteca que abandone los territorios del pasado para adentrarse en los usos del presente, pensando siempre en los residentes digitales del futuro. Un camino que tendrá en cuenta las enseñanzas que los cambios de soporte nos han ido ofreciendo a lo largo del tiempo, en especial, en ese tiempo revolucionario del código durante la Edad Media. Un camino que haga que cada vez haya más residentes textuales en el universo digital, pues en él encuentran muchos de los recursos y herramientas que necesitan para poder editar y analizar los textos que les interesan, y hacer accesibles nuestras investigaciones al mayor número posible de residentes (o visitantes) interesados.

Editar hoy en la red tiene que tender a algo más que a la simple acumulación de textos o de digitalizaciones de objetos bibliográficos. Editar hoy en la red tendría que intentar, por una vez, superar la época del incunable del texto digital, en que los proyectos en el nuevo medio digital tienen la pretensión de acercarse lo más posible a lo realizado, a lo leído en el formato analógico del libro. Hay textos e investigaciones que solo tienen sentido en el medio digital o, mejor dicho, el medio digital les ofrece la posibilidad de desarrollarse y completarse de una manera más efectiva que la andadura realizada en el mundo analógico: bibliografías o enciclopedias son dos buenos modelos, dada la posibilidad de actualizar los datos y de mezclar diferentes morfologías de la información en un mismo medio. Y del mismo modo, la tecnología informática ha permitido hacer realidad algunos modelos ecdóticos que tenían muy difícil acogida en el medio analógico, como son las ediciones sinópticas integrales (véase la nueva versión del espléndido The Charrrette Project 2 para poder comprobar las nuevas posibilidades de conjugación que ofrece el nuevo medio digital⁶), o las ediciones genéticas, en que se ofrecen las diferentes versiones de un texto antes de que haya sido sancionado por su autor (véase el proyecto Digital Variants⁷), sin olvidar las facsimilares, que conforman el gran corpus, cada vez más abundante y de mejor calidad, de las bibliotecas virtuales patrimoniales.

Nuevos modelos editoriales, nuevos modelos textuales para la difusión de los textos (de los textos y de su *lectio variorum*, de su recepción y muestras de su pervivencia en diferentes lenguajes y modelos) aprovechando las posibilidades que ofrece la edición digital, que nunca deben ser copia de los modelos de las ediciones analógicas, que han ido creando modos y modas a partir de mediados del siglo XIX, como ya hemos indicado. Nuevos modelos editoriales digitales que tienen que partir de las universidades y de los centros de investigación, y que tienen que plantearse ir más allá de la acumulación de la información —que ya lo es la propia

⁶ Accesible desde: <http://lancelot.baylor.edu/>.

⁷ Accesible desde: <http://www.digitalvariants.org/>.

web— para convertirse en fuente de conocimiento. Conocimiento que, como pasaba en la cultura oral griega, necesita de la interactividad del usuario, del oyente, del lector. A estos nuevos modelos editoriales, que no sólo ofrecen textos y testimonios sino también información pertinente para comprender los datos aportados —todo ello de una manera hipermedial, potenciando la interacción del usuario—, es a lo que hemos llamado plataforma de conocimiento, para distinguirlo de los modelos editoriales tradicionales, que no pueden ofrecer una imagen exacta de sus (casi) inagotables posibilidades.

En las plataformas de conocimiento se tienen que desarrollar y estandarizar aspectos ya ensayados en ediciones analógicas, como los siguientes:

1. Conjugación directa de los tres niveles del texto (facsimil, transcripción —tanto paleográfica del testimonio como la presentación crítica del texto transmitido— y texto crítico, que pretende acercarse y comprender, como hipótesis de trabajo, las primeras formulaciones textuales), sin olvidar las posibilidades del audio, en caso de textos con tradiciones orales o con formato musical, intentado sacarle el máximo partido a la hipermedialidad.
2. Mayor acumulación de información, al margen de las limitaciones del formato papel, que obligaba a una selección de los datos que deberían aparecer en la página y en los diferentes aparatos (positivos, negativos, etc.).
3. Mayor posibilidad de relación de todo el material aportado, destacándose aquí las potencialidades de la hipertextualidad, que permitirá además no solo establecer una red de información dentro de cada edición, sino también entre diferentes ediciones o informaciones que estén almacenadas en otros portales, en otras plataformas de conocimiento.
4. Mayor recuperabilidad de la información: más allá de los índices, tablas, indicaciones marginales, epígrafes y demás modalidades que el formato analógico ha ido completando para que el usuario pueda recuperar la información ofrecida más allá de la propia disposición textual, ahora se cuenta con herramientas cada vez más sofisticadas para que el usuario acceda no solo a la información suministrada por los creadores de la edición, sino también de las propias marcas de lectura que él mismo haya podido ir dejando en su recepción de la obra, mostrando una de las caras más fascinantes y novedosas de la interactividad.

Todas estas cuestiones, que han de ser desarrolladas en los próximos años a partir de modelos de diseño cada vez más estandarizados y, por tanto, de uso más universal, se han de acompañar de nuevos elementos que son propios del medio digital y que tienen que ver, sobre todo, con los aspectos de interactividad e hipermedialidad. Así por ejemplo las herramientas de

análisis textual vinculadas a todos los niveles textuales que se ofrecen al usuario, ya que pueden ser motor de nuevas investigaciones filológicas, lingüísticas y literarias —como son los buscadores textuales, concordancias, índices y estadísticas, programas de análisis lingüístico, etc.—; por otro lado, las posibilidades que potencien la interactividad del usuario, que complementen su lectura con una experiencia 2.0 (etiquetado social, comentario en línea, ampliación de contenidos, enlaces a redes sociales o a otras plataformas de conocimiento, etc.); sin olvidar un aspecto en que se está trabajando en la actualidad, cuyos límites los pondrán la experiencia y el uso de los usuarios, como es la visualización dinámica de los materiales que conforman la edición: frente a la visualización estática —una estructura fija establecida por el editor por la que puede navegar el usuario—, ahora se presenta la opción de que sea el lector quien elija en cada momento qué elementos quiere tener delante de todos los que se ofrecen en la edición, según sus intereses y sus conocimientos en cada caso.

Se trata de nuevos modelos editoriales, en mayor medida, en cuanto a la forma de presentación de los materiales y en las nuevas utilidades que se le ofrecen al lector, que en los modos y metodología de trabajo. Pero estos nuevos modelos editoriales también acarrearán (y cada vez más) nuevos problemas, pues necesitan formas de trabajo muy alejadas de los modos habituales en el campo de las Humanidades. Estos nuevos modelos editoriales, que se conforman como una investigación *in progress*, necesitan de nuevos modelos de financiación ya que, junto a la labor del editor, del diseñador y arquitecto de la información, ahora es necesario unir la de los responsables de la representación digital de estas ediciones; y frente al libro como final de un proceso de investigación (por más que se pudiera reeditar y modificar su contenido), ahora es necesario tener en cuenta una financiación futura que garantice la viabilidad del proyecto en el presente y en el futuro, con lo que será necesario comenzar a demandar infraestructuras científicas para albergar la enorme cantidad de información disponible, y la necesidad de contar con subvenciones y apoyo económico más allá de los plazos establecidos en la actualidad, que miran más por la generación de contenidos que por su difusión. Y en otro orden de cuestiones, el otro gran problema, dada la capacidad de actualización que permite el formato digital, es la de la preservación de la información, y no sólo del portal concreto sino de las diferentes mejoras que se han ido haciendo de su contenido, para así poder recuperar la historia textual de las nuevas ediciones digitales, tal y como podemos hacer con las que contamos en formato analógico.

De este modo, las futuras ediciones críticas digitales no han de estar pensadas a partir de la jerarquización de una serie de materiales (principio propio y necesario de las limitaciones del formato analógico) como de una serie de áreas, en que el usuario no solo podrá moverse por ellas, sino también adaptar los contenidos a sus propios intereses y dejar en ellos sus lecturas, como un medio de hacer realidad el sueño hipertextual de finales del siglo XX. A modo de ejemplo, podemos destacar las siguientes áreas, donde el elemento docente se incorpora

también como parte esencial de las mismas, recuperando el protagonismo que la universidad ha de tener en la Sociedad de la Información y del Conocimiento en el siglo XXI:

1. Área textual: el texto crítico como unificador de los materiales ofrecidos.
2. Área de personalización: se permite que el usuario elija el entorno de visualización que necesite en cada momento según sus necesidades de uso: programas, materiales, utilidades, etc.
3. Área de trabajo: la posibilidad de contar con un espacio propio dentro de la biblioteca digital, donde se pueda contar con materiales propios, que no se quieran hacer, en un principio, públicos.
4. Área docente: materiales relacionados con la docencia y las plataformas educativas *b-learning*.
5. Área externa: posibilidad de contar con programas, aplicaciones y enlaces al resto de la red, lo cual permita convertir la biblioteca digital universitaria en el espacio inicial de trabajo universitario, en el punto de partida de un nuevo concepto de difusión del conocimiento.

¿Las ediciones digitales del futuro se parecerán a las que ahora manejamos, a las que nos hemos acostumbrado en este último siglo, a partir de las propuestas nacidas de su medio de difusión habitual, como es el libro impreso? En su contenido, sin duda, no habrá muchos cambios y los avances filológicos realizados en los últimos siglos se verán respaldados por nuevas herramientas. Pero no me cabe ninguna duda de que será diferente en su presentación, recuperando para las ediciones críticas y la labor filológica el papel protagonista que ha tenido y tuvo en el momento de esplendor de las Humanidades. Las nuevas ediciones y bibliotecas digitales textuales no se limitarán a un determinado tipo de lector –erudito, científico, académico– sino que en ellas se volverá a recuperar la centralidad de los textos, de su transmisión, de su recepción, acompañados de todos los materiales pertinentes para poder contrastar y comprender las teorías e hipótesis de trabajo ahora defendidas y difundidas, ya sean estas textuales, lingüísticas o literarias, uno de los principios que ponen las bases de la Crítica Textual científica en el siglo XXI. El lector se ha de colocar, como sucede en la sociedad de la información y del conocimiento, también en el centro de las nuevas ediciones digitales: la arquitectura de la participación es uno de los grandes desafíos a los que tenemos que dar respuesta en estos momentos.

Sólo desde las Humanidades Digitales se podrá dar un paso adelante para convertir la información en conocimiento. Este es el gran reto, el gran desafío que se nos presenta en la actualidad. Desafío al que solo se podrá dar respuesta desde la universidad y los centros de investigación, siempre que la universidad sea capaz de recuperar el espacio de experimentación y de vanguardia científica que le ha asignado tradicionalmente la sociedad, y

que en la Sociedad de la Información y del Conocimiento parece –y sólo parece– haber perdido.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bédier, J. (1928). La tradition manuscrite du Lai de l'Ombre: réflexions sur l'art d'édition des anciens textes. *Romania*, 54(214), 161-196. doi:[10.3406/roma.1928.4345](https://doi.org/10.3406/roma.1928.4345).
- Contini, G. (1942). Ricordo a Joseph Bédier, *Literatura*, III. En *Un anno di letteratura* (pp. 145-152). Torino: Einaudi.
- Lachmann, K. (1846). *Novum Testamentum Graece*. Berlin: G. Reimer. Recuperado de <https://bit.ly/2YGRBE5> el 05/08/2019.

SUGERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- A.A.V.V. (2015). La realidad de las Humanidades Digitales en España y América Latina. Monográfico de *ArtyHum, Revista de Artes y Humanidades 1*. Recuperado de <https://bit.ly/2OHI7db> el 05/08/2019.
- Baráibar, Á. (2014). Las Humanidades Digitales desde sus centros y periferias. *Janus: estudios sobre el Siglo de Oro, Anexo 2: Humanidades Digitales: una aproximación transdisciplinar*, 7-15. Recuperado de <https://bit.ly/2YrxyOE> el 05/08/2019.
- Borràs, L. (Ed.). (2005). *Textualidades electrónicas: nuevos escenarios para la literatura*. Barcelona: Editorial UOC.
- Borsari, E. (2017). Los albores de las Humanidades Digitales dentro del espacio de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval y su evolución. En J. C. Ribeiro Miranda (Coord.), *En Doiro Ant'o porto e Gaia. Estudos de Literatura Medieval Ibérica* (pp. 237-253). Porto: Estratégias Creativas.
- Castellucci, P. (2009). *Dall'ipertesto al web. Storia culturale dell'informatica*. Roma-Bari: Laterza.
- García Camarero, E. y García Melero, L. A. (2000). *La Biblioteca Digital*. Madrid: Editorial Arco Libros.
- González Fernández-Villavicencio, N. (2007). Bibliotecas de nueva generación (Biblioteca 2.0). *Educación y Biblioteca*, 161, 75-84.
- Habib, M. (2006). *Toward Academic Library 2.0: Development and Application of a Library 2.0 Methodology*. (Trabajo de Maestría. Universidad de Carolina del Norte. Chapel Hill). Recuperado de <https://bit.ly/31qwXME> el 05/08/2019.
- Herrera Morillas, J. L. (2004). *Tratamiento y difusión digital del libro antiguo. Directrices metodológicas y guía de recursos*. Gijón: Trea.
- Juárez-Urquijo, F. (2008). Tecnología, innovación y web social: el valor de la dimensión en la biblioteca pública. El caso de la biblioteca de Muskiz. *El Profesional de la Información*, 17(2), 35-143. Recuperado de <https://bit.ly/2Kwxaoj> el 05/08/2019.

- Karlsson, L. y Malm, L. (2004). Revolution or Remedation? A Study of Electronic Scholarly Editions on the web. *Human IT*, 7(1), 1-46. Recuperado de <https://bit.ly/2YEcrbj> el 05/08/2019.
- Lazzari, M., Bianchi, A., Cadei, M., Chesi, M. y Maffei, S. (2010). *Informatica umanistica*. Milán: McGraw-Hill.
- Lovink, G. (2008). *Zero Comments. Teoria critica di Internet*. Milán: Editorial Mondadori.
- Lucía Megías, J. M. (1998). Editar en Internet (che quanto piace il mondo è breve sogno), *Incipit*, XVIII, 1-40. Recuperado de <https://bit.ly/339utBH> el 05/08/2019.
- _____ (2008a). Las relaciones entre la bibliografía textual y la informática humanística: el incunable del hipertexto. *Tipofilologia. Rivista Internazionale di Studi Filologici e Linguistici sui Testi a Stampa*, 1, 119-138. Recuperado de <http://eprints.ucm.es/8978> el 05/08/2019.
- _____ (2008b). Enredando con el teatro español de los Siglos de Oro en la web: de los materiales actuales a las plataformas de edición. *Signa*, 17, 85-129. Recuperado en <http://eprints.ucm.es/8981> el 05/08/2019.
- _____ (2008c). La informática humanística: una puerta abierta para los estudios medievales en el siglo XXI. *Revista de Poética Medieval*, 20, 163-185. Recuperado en <http://eprints.ucm.es/8942> el 05/08/2019.
- _____ (2009). La edición crítica hipertextual: la superación del incunable del hipertexto. En C. Castillo Martínez y J. L. Ramírez Muengo (Eds.), *Lecturas y textos en el siglo XXI: Nuevos caminos en la Edición Textual* (pp. 11-74). Vigo: Axac. Recuperado en <https://bit.ly/31kMHyo> el 05/08/2019.
- _____ (2010a). De las bibliotecas digitales a las plataformas de conocimiento (notas sobre el futuro del texto en la era digital). En M. Arbor Aldea y A. Fernández Guadanes (Eds.), *Estudios de edición crítica e lírica galego-portuguesa* (pp. 369-401). Santiago de Compostela: Universidad de Santiago Compostela. Recuperado en <http://eprints.ucm.es/10767> el 05/08/2019.
- _____ (2010b). Biblioteca hipertextual Complutense 2.0. Bases para una biblioteca hipertextual universitaria. En S. Gómez Seibane y J. L. Ramírez Luengo (Coords.), *Maestra en mucho. Estudios filológicos en homenaje a Carmen Isasi Martínez*. Buenos Aires: Voces del Sur.
- _____ (2011). La edición crítica más allá del papel. ¿Hay vida fuera de la Galaxia Gutenberg?. En P. Lorenzo Gradín y S. Marcenaro (Eds.), *O texto medieval: da edición á interpretación*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago Compostela.
- _____ (2014). Las Humanidades Digitales: una oportunidad para los hispanistas del siglo XXI. *Janus: estudios sobre el Siglo de Oro, Anexo 2: Humanidades Digitales: una aproximación transdisciplinar*, 99-116. Recuperado de <https://bit.ly/2yCrVOe> el 05/08/2019.
- _____ (2015). Las Humanidades Digitales en el espejo de la literatura medieval: del códice al Epub. En C. Alvar Ezquerro (Coord.), *Estudios de literatura medieval en la Península Ibérica*, (pp. 95-122). San Millán de la Cogolla: Cilengua.

- Margaix Arnal, D. (2007). Conceptos de web 2.0 y biblioteca 2.0: origen, definiciones y retos para las bibliotecas actuales. *El Profesional de la Información*, 16(2), 95-106. Recuperado de <http://eprints.rclis.org/9521/> el 05/08/2019.
- McGann, J. (1996). *Radiant Textuality*. Charlottesville: Universidad de Virginia. Recuperado de <https://at.virginia.edu/2yL0IJ7> el 05/08/2019.
- _____. (2001). *Radiant Textuality: Literature after the World Wide web* (pp. 53-74). New York: Palgrave Macmillan.
- Metitieri, F. (2009). *Il grande ingano del web 2.0*. Bari-Roma: Laterza.
- Mordenti, R. (2007). *L'altra critica. La nuova critica della letteratura fra studi culturali, didattica e informatica*. Roma: Meltemi.
- Norman, J. (s.f.). *History of Information and Media*. Recuperado de <https://bit.ly/UzBly7> el 05/08/2019.
- Numerico, T., Fiormonte, D. y Tomasi, F. (2010). *L'umanista digitale*. Bolonia: Il Mulino.
- Ong, W. J. (1983). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: Fundación de Cultura Económica.
- Rojas, A. C. (2013). El mapa y el territorio. Una aproximación histórico-bibliográfica a la emergencia de las Humanidades Digitales en España. *Caracteres*, 2, 10-53.
- Romero Frías, E. y Del Barrio García, S. (2014). Una visión de las Humanidades Digitales a través de sus centros. *El Profesional de la Información*, 23(5), 485-492. Recuperado de <https://bit.ly/2MGD6gY> el 05/08/2019.
- Roncaglia, G. (2010). *La quinta rivoluzione. Sei lezioni sul futuro del libro*. Roma: Laterza.
- Shillingsburg, P. L. (2006). *From Gutenberg to Google*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tomasi, F. (2008). *Metodologie informatiche e discipline umanistiche*. Roma: Carocci.
- Witten, I., Bainbridge, D. y Nichols, D. (2010). *How to Build a Digital Library* (2^{nda} ed.). Burlington: Morgan Kaufmann. doi: [10.1016/C2009-0-19701-5](https://doi.org/10.1016/C2009-0-19701-5).